

LA ECONOMÍA: BÍBLICA vs. SECULAR

Por Gary North

Es un hecho registrado en la historia que la ciencia de la economía ha sido la creación de apóstatas teológicos y ateos. Incluso en los primeros años del desarrollo de la ciencia, durante el siglo diecisiete, los escritores más responsables por establecer los términos del discurso económico lo hicieron de forma consciente como investigadores “neutrales.” Hicieron su mejor esfuerzo por mantener sus discusiones libres de la teología, precisamente para ganarse la atención de aquellos que eran miembros de iglesias rivales. (Sobre este esfuerzo concienzudo y sistemático para purgar la economía de la teología, ver el libro de William Letwin, *Los Orígenes de la Economía Científica* [1963]). Aún si fechamos el comienzo de la economía con los escolásticos tardíos medievales, especialmente la “Escuela de Salamanca” española (como lo hace Margorie Gri-ce-Hutchinson), aún así descubrimos que estos teólogos estaban usando la lógica hipotéticamente neutral de Aristóteles para defender su posición a favor de los mercados libres.

David Hume, cuya influencia sobre Adam Smith fue muy grande, fue un escéptico filosófico. El mismo Smith era un deísta, un filósofo moral escocés quien confiaba en la supuesta razón humana neutral para elaborar sus casos, tanto económicos como morales. Los economistas del siglo diecinueve fueron

generalmente agnósticos (judíos y cristianos), nunca con inclinaciones teológicas, frecuentemente darwinianos, y casi siempre utilitarios en su defensa de los mercados. Esto ha permanecido igual en el siglo veinte. F. A. Hayek, por ejemplo, está dedicando los años restantes de su vida a un estudio de lo que considera una de las más importantes cuestiones intelectuales de todos los tiempos: ¿Cómo es que el hombre, que era un animal egoísta y deambulaba sólo o en pequeños grupos, llegó a desarrollar la idea e instituciones de un mercado? La lenta evolución del hombre desde la jungla de alguna manera provocó un gran salto de progreso – un salto discontinuo – hacia la civilización con la idea del intercambio voluntario, en contraste con la guerra y la conquista. Hayek siempre ha sido un evolucionista, y ahora, al final de su exitosa carrera intelectual, ha decidido concentrarse en la relación entre la evolución y la economía. Está invirtiendo su tiempo especializándose en todo un nuevo campo para él, la antropología cultural. En resumen, su religión se está mostrando. Siempre ha sido así, para cualquiera que haya leído sus obras cuidadosamente.

La Esperanza de Unidad

Los ateos y los escépticos ven la religión como una barrera permanente entre los hombres. Las ideas religiosas no se

pueden fusionar. No se pueden comprometer. No hay terreno común de apelación por el cual se puedan reconciliar las diferencias. Es la fe de los escépticos, los agnósticos y los ateos no-marxistas que la razón, el árbitro de todo el pensamiento humano, es de una pieza. Es el compromiso religioso post-Kantiano de los racionalistas creer que la mente humana es básicamente una constante universal. Es la búsqueda de constantes, en términos de esta única Constante, la que ha cautivado a los economistas por dos siglos.

El Profesor George Stigler de la Universidad de Chicago, uno de los maestros más influyentes de los Estados Unidos, escribe: “La razón para asignarle este papel tan austero a la economía es esta: es el principio fundamental de aquellos que creen en la discusión libre que los hombres competentes de buena voluntad harán que los asuntos de hechos y lógica puedan (tarde o temprano) concordar, que los asuntos de gusto no pueden ser reconciliados por la libre discusión. Asumiendo que esto es cierto, es evidente que si los juicios de valor se combinaran con la lógica y la observación, una ciencia lograría muy poco progreso.” (Stigler, *The Theory of Competitive Price* [Macmillan, 1942], pp. 15-16). Hayek ha declarado algo muy similar: “No obstante, si no los hemos convencido [a los economistas intervencionistas], la razón debe ser que nuestros argumentos no son del todo lo suficientemente buenos, que aún no hemos mostrado de manera explícita algunos de los fundamentos sobre los cuales descansan nuestras conclusiones.” (Discurso en *What's Past is Prologue* [Irvington, N. Y. Foundation

for Economic Education, 1968], p. 41.) ¿Por qué es, entonces, que Stigler, un empiricista radical (la lógica de que la teoría conduce a hechos apropiadamente interpretados) no puede estar de acuerdo sobre el papel apropiado de la teoría, sin mencionar la política monetaria? ¿Y por qué es que ninguno de ellos parece convencer a los keynesianos con respecto a los males de la regulación estatal? ¿Y por qué no pueden todos ellos convencer a los socialistas de los beneficios de la propiedad privada? ¿Y por qué no pueden todos convencer a los marxistas de que la revolución no es el camino para alcanzar la utopía económica? Porque todo el pensamiento humano es religioso, e ineludiblemente dirigido por valores. No hay lógica neutral, no hay zona de terreno común, no hay una lógica humana global que lo abarque todo a la cual todas las partes puedan apelar para una decisión. En resumen, no hay ahora, ni nunca ha habido, ni habrá jamás unidad – moral, intelectual, cultural, filosófica – entre los racionalistas en general o los economistas en particular.

Restricciones a la Razón

La mente del hombre es capaz de proezas extraordinarias. La habilidad del hombre para vincular la intrincada lógica de las matemáticas (casi un proceso artístico) y las regularidades observadas en el mundo exterior es algo muy cercano al milagro, un hecho admitido por el físico ganador del Premio Nobel, Eugene Wigner (“The Unreasonable Effectiveness of Mathematics in the Natural Sciences,” *Communications of Pure and Applied Mathematics*, Vol. 13 (1960), pp. 1-14). Sin embargo, al mismo tiem-

po, la habilidad del hombre para perderse en universos totalmente mentales, incomprensibles e inaplicables ha sido demostrada por milenios. Los debates más eruditos e incomprensibles de los escolásticos medievales – todos olvidados, todos cubiertos con el polvo de la historia – no eran en ningún sentido más complejos, más hipotéticos o más inútiles para la vida que cualquier edición de **Econometrica**, la publicación sobre economía elaborada desde una perspectiva matemática. De hecho, los editores de estas publicaciones académicas juegan un juego. No pueden leer los artículos que aparecen en sus propias publicaciones, y generalmente contratan a matemáticos profesionales para comprobar la exactitud de la lógica simbólica de los ensayos. (John Kenneth Galbraith, quien lamentablemente escribe mala economía en un magnífico inglés, saca este gato académico fuera de la bolsa: *Economics, Peace and Laughter* [New American Library, 1972], p. 44n.)

Los ineludibles problemas epistemológicos de todo el pensamiento humano también plagan a los economistas, excepto que los economistas rara vez consideran las preguntas básicas de la epistemología. “¿Cómo puedo saber?” No es una pregunta popular entre los economistas, especialmente los economistas inclinados a las matemáticas. La realidad del teorema de Kurt Gödel, que ningún sistema de razonamiento humano puede ser simultáneamente consistente y completo, raras veces ha molestado a los economistas, aunque ha confundido a los mejores físicos y matemáticos del mundo. ¿Cómo puede la razón verificar los errores de la razón? ¿Cómo apelamos a

una razón “más elevada?” ¿Cómo es que los datos observados del mundo externo – si en realidad existe un mundo externo – son interpretados con precisión por la lógica de la mente? ¿Se distorsionan los hechos por el mismo proceso de filtrarlos en la observación? ¿Por qué las matemáticas deben relacionarse con el mundo externo? ¿Existe tal relación, o nos estamos engañando a nosotros mismos (el antiguo desafío de Hume)? ¿Cómo podemos saberlo con seguridad?

Debido a que las mentes de los hombres son tan creativas en sus incursiones imaginativas, incluyendo las matemáticas extravagantes y descabelladas, pierden su equilibrio. ¿Pero cómo es que descubrimos el equilibrio? ¿Qué es equilibrio? ¿Qué es una mente desequilibrada? Puede que seamos capaces de reconocer una ecuación mal balanceada, ¿pero podemos reconocer una aplicación desbalanceada de una ecuación balanceada en el mundo real de la acción humana? Y cuando decimos “nosotros,” nos referimos a todos los observadores racionales en una disciplina académica particular. Dada la incapacidad demostrada de los académicos para ponerse de acuerdo en cualquier cosa excepto en la necesidad de más pago, menos clases, y pensiones más grandes, tenemos razones para ser escépticos.

La razón, en resumen, no es el juez del universo. Tampoco lo es el caos. Ni la evolución por medio de la selección natural. Dios es el juez. Por medio de Su revelación escrita de Sí mismo, Su ley, y Su creación, Él le ha provisto a los cristianos los criterios de balance. Él nos ha capacitado para plantear las preguntas

apropiadas con respecto a la escasez, los límites del Estado, la naturaleza de la deuda, la legalidad de los pesos y medidas justos, la inmoralidad de la inflación monetaria, los requisitos de la guerra, y así sucesivamente. Podemos tener análisis equilibrados porque tenemos mentes restringidas por la revelación.

La Gracia Común

Podemos usar los descubrimientos de los economistas ateos, así como podemos usar los descubrimientos de los físicos, químicos, biólogos y médicos ateos. No osamos usarlos sin ningún tipo de criterio selectivo. De hecho, no podemos usar los descubrimientos de nadie sin ningún tipo de criterio selectivo, pues todo el pensamiento humano implica selección y evaluación. El asunto que nos enfrenta como cristianos es este: ¿Qué criterios debemos usar en una selección fiel de ideas? ¿Qué estándares debemos usar para cernir el trigo de la paja en economía? La respuesta debiese ser obvia, aunque en nuestra era aparentemente no lo es: la Biblia. Necesitamos sumergirnos, como actores económicos que toman decisiones, en la economía de la Biblia y en la economía del racionalismo hipotéticamente neutral. Necesitamos sopesar la economía del racionalismo en el balance. Pero necesitamos saber cuáles

preguntas hacer, y qué clases de respuestas provee la ley de Dios. Para servir como jueces, necesitamos conocer la ley de Dios. Hemos de servir como jueces (I Corintios 6). Nuestros días en la tierra son para prepararnos para el juicio, tanto receptores como quienes administran juicio.

Los ateos han descubierto hechos importantes. Son seres creados trabajando sobre la base del mandato cultural de Dios (Génesis 1:28; 9:1-7). Han sido restringidos en la rebelión de sus propias especulaciones. Han descubierto verdades, a pesar de su relativismo oficial y su negativa de la verdad permanente. Ahora debemos tomar su trabajo y darle un uso efectivo en todas las áreas de la vida. La economía, en el día del juicio, será economía cristiana y solamente economía cristiana. Entre ahora y entonces, es nuestra tarea reestructurar nuestras observaciones y teorías económicas, para que cuando llegue ese día final, lo que hayamos producido en el nombre de Cristo en el campo de la economía se parezca bastante a lo que Dios anuncia como economía válida, por la cual nuestras acciones serán juzgadas. Hay una santificación progresiva en el campo de la teoría y la práctica económica, así como la hay en todas las otras áreas de la vida.

Este artículo fue publicado originalmente por el *Instituto para la Economía Cristiana*. La versión PDF en Inglés se encuentra aquí:

http://www.garynorth.com/freebooks/docs/a_pdfs/newslet/bet/7904.pdf

Traducción de Donald Herrera Terán, para <http://www.contra-mundum.org>